

# **PORNOGRAFÍA Y MASTURBACIÓN**

## **Autoerotismo en adolescentes del Chubut (Argentina)**

**Daniel Jones**

Doctor en Ciencias Sociales  
Instituto Gino Germani (Universidad de Buenos Aires)  
jonesdaniel@speedy.com.ar

### **Resumen**

Parte de mi tesis doctoral, el artículo analiza las opiniones, discursos y prácticas relacionadas con el consumo de pornografía y la masturbación en adolescentes, temas poco explorados en las investigaciones sobre sexualidad en América latina. Se basa en entrevistas semiestructuradas individuales a 24 varones y 22 mujeres, de 15 a 19 años de edad, de estratos socioeconómicos medios y residentes en Trelew, una ciudad de 100 mil habitantes de la provincia del Chubut, en la Patagonia argentina.

Se aborda conjuntamente el uso de pornografía y la masturbación porque comparten dos rasgos: pueden ser realizadas de modo solitario por un actor y son consideradas por las personas entrevistadas prácticas sexuales inferiores a las relaciones coitales.

El análisis de los testimonios tiene como marco al construccionismo social, tomando la teoría de los guiones sexuales y considerando las dimensiones de género y edad de las personas entrevistadas.

### **Palabras clave**

Sexualidad – Adolescentes – Autoerotismo – Pornografía – Masturbación

### **Pornography and masturbation: Autoerotism on teenagers of Chubut province (Argentina)**

#### **Abstract**

Part of my dissertation, this article analyses opinion, speeches and practices related to pornography consume and masturbation on teenagers, topics almost unexplored in investigations about sexuality in Latin America. Research is based on individual semistructured interviews with 46 six teenagers (24 men and 22 women), from 15 to 19 years old, that belong to middle class and live in Trelew, a city of one hundred thousand inhabitants in Chubut, in the Argentinean Patagonia.

It analyzes pornography use and masturbation together because they share two characteristics: they can be performed in a solitary way by an individual actor and they are considered by those interviewed as sexual practices inferiors than coital relations.

The testimonies are analyzed with the social constructionist as framework, mainly sexual scripting theory, considering gender and age of the interviewed actors.

#### **Key words**

Sexuality – Teenagers – Autoerotism – Pornography – Masturbation

## Introducción

En este artículo analizo las opiniones, discursos y prácticas alrededor del consumo de pornografía y la masturbación en adolescentes como parte del proceso de construcción social de su sexualidad. Estas actividades pueden realizarse de modo solitario, es decir, quien se masturba y/o mira pornografía no requiere que otra persona se encuentre físicamente presente.<sup>1</sup> Son actividades autoeróticas, definidas por “el deseo y/o el placer sexual experimentado por un individuo sin la participación directa de otro” (Laumann *et al.*, 1994: 134), lo que no es contradictorio con que estén socialmente organizadas. El análisis se basa en entrevistas semiestructuradas individuales a 24 varones y 22 mujeres, de 15 a 19 años, de estratos socioeconómicos medios y residentes en Trelew, una ciudad de 100 mil habitantes de la provincia del Chubut, en la Patagonia argentina, hechas en 2003 y 2005.

El consumo de pornografía y la masturbación son cuestiones poco exploradas en las investigaciones sociales sobre sexualidad en América latina por tres razones. Primero, para quienes las realizan y/o financian es más relevante indagar la actividad sexual relacional que la solitaria porque las potenciales consecuencias de la primera (embarazos no planificados, transmisión de ITS) constituyen problemas más importantes en las agendas públicas actuales que los vinculados a la pornografía y la masturbación. Segundo, los estudios sobre adolescentes comparten el supuesto de que la “iniciación sexual” es la primera relación coital vaginal y suelen abordar sólo las actividades relacionales a partir de ese evento. Los pocos trabajos que refieren al uso de pornografía y la masturbación indican que suceden antes de la iniciación coital y luego desaparecerían (Cáceres, 1999: 50; Fuller, 2001: 93-98; Valdés, 2005: 332; Chirinos *et al.*, s.f.). Por último, el autoerotismo resulta difícil de abordar en una entrevista, según reflejan otros estudios sobre sexualidad (Laumann *et al.*,

---

<sup>1</sup> Analizo la masturbación sólo como práctica autoerótica, definiéndola como la estimulación solitaria y deliberada de los propios órganos sexuales u otras partes del cuerpo con el fin de obtener placer. También abordo el consumo de pornografía como actividad autoerótica, cuando las y los adolescentes son audiencia de películas o fotografías (no mencionan shows en vivo, en los que podrían interactuar con quienes desarrollan el show). Utilizo el término pornografía para referir a los productos visuales o audiovisuales de la industria pornográfica de consumo masivo (Osborne, 1993: 36).

1994: 81; Heilborn *et al.*, 2006: 228). Pornografía y masturbación son asuntos especialmente vergonzantes para estas y estos adolescentes, como sugieren sus testimonios plagados de silencios, sobreentendidos y atribuciones de experiencias a terceros.

En el primer apartado exploro sus razones para mirar pornografía y los modos de hacerlo, y en el segundo sus concepciones sobre la masturbación y las teorías nativas de la sexualidad que subyacen a éstas, abordando diferencias y semejanzas entre varones y mujeres y según distintas edades.

## **Pornografía**

### *Aprendizaje y diversión de varones*

Las y los adolescentes consideran que mirar pornografía es una práctica casi exclusivamente de varones. Los medios y las razones por las que toman contacto con pornografía varían sensiblemente con la edad.

Acceden a través de páginas en Internet, revistas, videos y canales de televisión codificados, y cuando miran pornografía lo ocultan a sus padres por la vergüenza e incomodidad que les produciría ser descubiertos viendo materiales que muestran explícitamente actividades sexuales con el fin de excitar. La televisión codificada es su forma preferida y más frecuente de acceder a pornografía. Casi siempre que miran películas es grupalmente,<sup>2</sup> entre varones o en una reunión mixta en una casa antes de ir a bailar, lo que nos lleva a una ventaja de la televisión frente a otros medios: qué grado de interés en la pornografía reflejaría este tipo de consumo. Mirar una película en televisión parece menos premeditado que comprar una revista o alquilar un video, pues dicha compra o alquiler implica cierto esfuerzo y, por ende, supondría mayor interés en la pornografía. Verla en televisión, en cambio, consiste en hacer *zapping* por los canales y dejar momentáneamente el codificado sin prestar demasiada atención a la película, en un encuentro grupal

---

<sup>2</sup> Sigue siendo una actividad autoerótica, pues para mirar pornografía no se necesita otra persona copresente.

donde simultáneamente suceden otras actividades (escuchan música, charlan, toman cerveza). El interés en la pornografía que manifiesta cada adolescente es relevante porque su legitimidad varía con la edad: si hasta los 15 años el consumo de pornografía de los varones es frecuente y aceptado entre pares, desde los 15 años es mejor no demostrar mucho interés. La edad, en efecto, es una dimensión central para analizar su relación con la pornografía, que permite identificar dos etapas.

Para estos varones juntarse especialmente para ver películas pornográficas era usual entre los 11 y 15 años, aproximadamente, y atribuyen su interés a la curiosidad propia del comienzo de la adolescencia. Entre ellos hay posturas encontradas sobre si conocieron o aprendieron algo de la pornografía. Algunos creen que se aprende poco y cuestionan lo que enseña. Critican el carácter “fantasioso”<sup>3</sup> de las situaciones que presentan estas películas, alejándose de las complicaciones habituales para y por tener relaciones sexuales. Del carácter fantasioso, propio de la pornografía moderna hegemónica,<sup>4</sup> deducen una serie de consecuencias negativas: estas películas incitan a los adolescentes más jóvenes a tener relaciones al mostrarlo como algo “facilísimo” y, como éstos no poseen el conocimiento necesario sobre sexualidad, pueden producirse embarazos y enfermedades. Para ellos las relaciones sexuales tienen obstáculos (“en la vida real no es tan fácil”) y potenciales consecuencias, por lo que los más jóvenes deberían pensarlo bien antes de hacerlo. En síntesis, este primer grupo opina que se aprende poco de la pornografía y critica sus efectos. Con todo, muchos más entrevistados valoran positivamente lo que aprendieron o conocieron a partir de películas pornográficas: el cuerpo desnudo de la mujer, el sexo oral y el sexo anal, las diferentes posiciones para tener relaciones sexuales y otros asuntos sobre el placer. Incrementan así su saber sexual práctico, pues “para los adolescentes varones acceder a los medios pornográficos es como asistir a una clase que

---

<sup>3</sup> Las expresiones entrecomilladas son textuales de las entrevistas.

<sup>4</sup> Para Posner (en AAVV, 2005: 217) es precisamente el carácter fantasioso lo que espera el público del género pornográfico. Sin embargo, han surgido subgéneros alternativos que reivindican su realismo, como el porno *amateur* (videos caseros sin la participación de actores).

les permitirá tener mayor experiencia en ‘cómo hacerlo” (Chirinos *et al.*, s.f.). Cáceres (1999: 50) y Valdés (2005: 332) destacan el papel de la pornografía al presentar cuestiones ausentes en otras instancias de aprendizaje sexual, al “enseñar habilidades sexuales y ofrecer conocimiento sobre diferentes actos y técnicas sexuales” (Seidman, 2003: 101).

Sin embargo, no sólo por curiosidad miran pornografía, sino también para divertirse. Las razones varían según su edad. Si en una primera etapa de la adolescencia ven estas películas para conocer “cosas que no te cuentan” padres y profesores, a medida que crecen pierden interés por la pornografía, como reflejan ciertos cambios a partir de los 15 años. En esta segunda etapa ya no se juntan especialmente a mirar películas pornográficas, sino que ocasionalmente dejan alguna que pase el codificado y sólo para divertirse. Deduzco que señalan los 15 años como punto de inflexión en su relación con la pornografía porque es la edad esperada por el grupo de pares para la primera relación sexual de estos varones. Mi hipótesis es que dicha expectativa social ayuda a entender los cambios que manifiestan en el consumo de pornografía (véase cuadro 1).

**Cuadro 1: Consumos de pornografía de varones adolescentes**

Características	Primera etapa	Hito demarcatorio	Segunda etapa
<i>Duración</i>	Hasta los 15 años	Primera relación sexual (Expectativa social de que sea a los 15 años)	Desde los 15 años
<i>Razón</i>	Por curiosidad		Para divertirse
<i>Modo</i>	Grupal. Juntarse especialmente para ver una película		Grupal. Dejar una película que pasan en la televisión codificada
<i>Frecuencia</i>	Habitual		Esporádica
<i>Actitud</i>	Atención		Risa

Mirar una película pornográfica pasa a ser una actividad subestimada por los pares, pues desde los 15 años está la posibilidad de tener relaciones sexuales y dejar el autoerotismo. La subestimación se muestra en que ahora la pornografía es vista sólo como una forma de diversión esporádica que no despierta mayor interés, sino risa. Su descripción de esta actividad puede vincularse con una ausencia significativa en los testimonios: ninguno refiere a la excitación o placer que le produjo o produce ver pornografía. Tanto lo que destacan como lo que omiten dejaría en claro que ya no necesitan ni les atrae la pornografía (por ejemplo, para satisfacer su curiosidad erótica), cuando cuentan con la edad socialmente esperada para tener relaciones. La pregunta subyacente sería ¿para qué ver relaciones sexuales en una película, si a esta edad pueden tenerlas?

#### *Desinterés, rechazo y silencios de mujeres*

La mayoría de estas adolescentes declara un desinterés y un rechazo hacia la pornografía, traducidos en un consumo muy eventual, mientras que unas pocas opinan que hay un ocultamiento personal de las mujeres y un silencio social sobre su interés y uso de pornografía.

Las primeras señalan poco interés por la pornografía, que su contacto fue en grupo (de chicas o mixto), sólo para divertirse y que se rieron. Ninguna menciona que fue excitante o placentero y, por el contrario, a algunas lo que vieron les dio "asco". Esto implica un rechazo directo a la pornografía que las diferencia de los varones, pues a ninguno le dio "asco" ni una reacción negativa semejante. Luz ofrece pistas para interpretar el rechazo femenino:

Una vez nos prestaron un video. (...) Era una película, pero ya te daba asco, porque no era amor, no era... ¿Cómo te explico? Era un asco, se veía todo. O sea, por lo general si vemos algo sería una película donde está el sexo, pero tampoco se ve tanto.  
(Luz, mujer, 17 años).

¿Por qué a estas adolescentes no les interesa o les desagrada la pornografía? Decir que la pornografía comercial está orientada a varones heterosexuales y sus contenidos responden a cierta estética y eroticidad de lo masculino (Figari,

2007) no revela demasiado si no se identifica qué les disgusta a estas mujeres. Interpreto que su rechazo se origina en dos rasgos de la pornografía: el carácter excesivamente explícito de sus imágenes sobre ciertas prácticas sexuales, y la separación de la actividad sexual de un correlato afectivo. Con el carácter sexualmente explícito me refiero a un patrón propio del estilo pornográfico hegemónico: centralización de la escena en la relación sexual; no hay una narrativa en la que se inserten las prácticas sexuales; la cámara juega entre la escena general y primeros planos de genitales y rostros; se filma un contacto sexual el tiempo que dure, en períodos extensos. “La pornografía intenta (...) explicar que en ella no hay ningún otro valor, ningún agregado superfluo que podría distraer y alejar del sexo más explícito y más exclusivo que sea posible” (Arcan, 1993: 36). Lo de excesivamente explícito identifica a la pornografía que, en sus distintas manifestaciones, siempre ha procurado explorar situaciones sexuales extremas (Sontag, 2005: 98-102). “La pornografía moderna busca superarse constantemente y mantenerse excesiva” (Arcan, 1993: 180). Luz destaca este exceso al comparar la película pornográfica que miró (que “era un asco, se veía todo”) con otras no pornográficas que también muestran actividad sexual: “Si vemos algo sería una película donde está el sexo, pero tampoco se ve tanto”. Esta pornografía se concentra en prácticas que reflejan una degradación o sumisión de las mujeres (Seidman, 2003: 102): posiciones para tener relaciones que enfatizan su pasividad, penetraciones múltiples simultáneas a una mujer y eyaculaciones masculinas en su cara o boca (Figari, 2007: 11). Dichas prácticas presentadas de modo excesivamente explícito causarían “asco” a estas adolescentes. Por otro lado, su rechazo también proviene de que la pornografía muestra a la actividad sexual despojada de sentimientos y, particularmente, de amor (Osborne, 1993: 30; Oates en AAVV, 2005: 224; Kauffman en AAVV, 2005: 227; Sontag, 2005: 91): “Es la imagen del sexo desprovisto de amor la que será a menudo declarada pornográfica” (Arcan, 1993: 30). El comentario de Luz de que lo que vio “le daba asco, porque no era amor” sustenta la idea de que una de las características de la pornografía más chocantes para estas mujeres es la completa separación de la actividad sexual de cualquier correlato afectivo. La

pornografía se define por “la ausencia de un ‘otro íntimo’ frente nuestro, (...) [y] lo íntimo supone algún grado asociado de compromiso, afecto, cooperación o comunicación más intensa” (Figari, 2007: 5). El relato pornográfico retira a las relaciones sexuales del marco sentimental donde se encuentran socialmente aprobadas para estas chicas y entra en tensión con el modelo de amor romántico del que continúan imbuidas.

Sin embargo, para otras las diferencias con los varones descansan en el ocultamiento personal de las mujeres y el silencio social sobre su uso de pornografía:

También las mujeres lo hacen, mirar fotos de hombres desnudos o cosas así. Pero es más común que esas cosas se vean en los hombres, que se hable más que nada en los hombres, y en las mujeres no tanto. (...) Siempre es como un tabú. Este tema no se toca. Está como impuesto así.  
(Luna, mujer, 17 años).

Su interés y consumo de pornografía serían ocultados porque entran en tensión con ciertos valores sobre la sexualidad femenina que atraviesan la experiencia de estas adolescentes. En las culturas occidentales se concibe a la actividad sexual femenina como una fuerza negativa, por lo que toda conducta erótica se considera mala a menos que una razón la salve. En consonancia con el modelo de amor romántico, el amor en tanto sentimiento sublime es una de las excusas socialmente más aceptables para que las mujeres justifiquen el ejercicio de su capacidad erótica (Rubin, 1989: 134-135), como analicé en relación a la prescripción parental a estas adolescentes de tener relaciones sexuales “por amor” y su preferencia de hacerlo “con amor” (Jones, 2008). Ver pornografía difícilmente pueda ser vinculado al amor, en la medida en que ésta se define por presentar prácticas sexuales despojadas de sentimientos y con el único fin de excitar a quien la mira. En este sentido, si hay una expectativa hacia y entre las mujeres de que la actividad sexual debe ser un medio para comunicar sentimientos y fortalecer vínculos afectivos con un compañero (Heilborn *et al.*, 2006: 248), cualquier práctica autoerótica se aparta de dicha expectativa por dirigirse exclusivamente a la obtención del propio placer. Estos valores permiten comprender por qué estas mujeres dirían que no miran pornografía o que si lo hacen es muy ocasionalmente, en grupo y para divertirse, ya que de



otro modo sería percibida como una actividad motivada por la curiosidad erótica o la búsqueda de placer, algo socialmente inaceptable para ellas.

Una última idea que subyace a sus testimonios es que sólo les interesa o necesitan ver pornografía y/o masturbarse quienes no tienen relaciones sexuales, lo que analizo a continuación.

## **Masturbación**

### *Diálogos y etapas de varones*

Hasta los 15 años hablan habitualmente entre varones sobre el hecho de masturbarse: algunos escucharon a un compañero decir que se masturba y los incitó a hacerlo, y otros plantearon sus dudas para ver qué le sucedía al resto.<sup>5</sup> A partir de los 15 años se habla mucho menos sobre masturbarse, aunque sugieren que probablemente algunos sigan haciéndolo. Una vez más, que ésta sea la edad socialmente esperada para la primera relación sexual de los varones sirve como clave interpretativa de los cambios en sus charlas. Para ellos la mayoría de los varones a esa edad ya ha tenido o tiene su primera vez y dicha expectativa implica que desde ese momento está la posibilidad de reemplazar la masturbación por relaciones sexuales. Como este reemplazo se les presenta como deseable, desde los 15 años cuando alguno esporádicamente menciona masturbarse lo explica ante sus pares por no haber tenido aún relaciones o por el tiempo que hace que no las tiene. Quien se masturba debe justificarlo porque entre estos adolescentes subyace una norma según la cual como ya tienen la edad esperada para mantener relaciones sexuales deberían dejar de masturbarse. Esta norma se aproxima a la idea de que “la masturbación es una etapa en el desarrollo y abandonarla en el momento adecuado un signo de madurez (...) y conformidad social” (Laqueur, 2004: 22), una idea muy extendida en la cultura occidental y atribuida principalmente a la influencia de la teoría psicoanalítica de Freud (Stengers y Van Neck, 2001: 158; Laqueur, 2004: 71-73). La masturbación resulta

---

<sup>5</sup> Nadie relata experiencias de masturbación en grupo.

aceptable y típica de una fase breve (la niñez y la adolescencia), que debería conducir a prácticas maduras en la adultez (Arcan, 1993: 235). Sin vincular causalmente sus opiniones al psicoanálisis, cabe destacar que en ambos casos se delimita una etapa en la que masturbarse es socialmente aceptado y otra donde es esperable dejar de hacerlo. Menciono la semejanza porque varias concepciones de estos adolescentes adaptarían nociones de teorías psicológicas popularizadas en los escenarios culturales sobre sexualidad. Consideran a la masturbación frecuente en la adolescencia, pero sólo antes de empezar a tener relaciones sexuales y cuando no se tienen regularmente. En ambas circunstancias, quien se masturba lo hace para afrontar la falta de relaciones. Su concepción de la masturbación supone una comparación opositiva y jerarquizada con las relaciones sexuales, que subestima al autoerotismo. Que la masturbación sea socialmente subestimada se refleja en que de continuar masturbándose luego de los 15 años las opciones serían no hablar de ello con pares o explicarlo por la falta de relaciones. Dichas dinámicas suponen una jerarquía de valor de las prácticas sexuales, donde “el poderoso estigma que pesaba sobre la masturbación en el siglo XIX permanece en formas modificadas más débiles, como la idea de que la masturbación es una especie de sustituto inferior de los encuentros en pareja” (Rubin, 1989: 136), por lo que sólo en ausencia de actividad sexual relacional la masturbación se convierte en una alternativa plausible, aunque estigmatizada (Laumann *et al.*, 1994: 80). Esto permite entender que una forma de molestar o insultar a alguien sea tratarlo de “pajero”. Entre los adolescentes, “paja” designa a la masturbación y “pajero” a quien se masturba a una edad o con una frecuencia inadecuada. Mientras que no definen la frecuencia, sí mencionan criterios sobre la edad:

Generalmente después de los 15 años, ya la mayoría acá, ya todos tienen relaciones sexuales. Así que ya no da de andar jugando con la mano [masturbarse]. Como dice un amigo: “Hasta los 13, 14 pajeate tranquilo. Después, a los 16 pasás a ser un boludo si andás con la mano”, me dice.  
(Johnny, varón, 17 años).

En este contexto, “boludo” y “pajero” connotan una reputación sexual negativa por masturbarse después de los 15 años. “Pajero” se usa despectivamente para referirse o interpelar a alguien, en ocasiones en broma y en otras como

insulto. “Boludo” también puede utilizarse para descalificar, con significados diversos; aquí “ser un boludo” alude a la incompetencia sexual, pues a cierta edad sólo se masturbarían quienes no logran tener relaciones. Sus definiciones y usos de ambos términos indican cómo masturbarse es aceptado hasta los 15 años, pero luego continuar haciéndolo conlleva la posibilidad de ser desvalorizado socialmente.

Los varones plantean semejanzas y diferencias entre la masturbación masculina y la femenina. Las semejanzas son que la motivación de la masturbación es una “necesidad” sexual que actúa por igual en varones y mujeres y que el fin es aliviar la tensión sexual producto de la excitación. Estas ideas remiten a una concepción esencialista de la sexualidad que toma forma en teorías de impulsos sexuales. En su versión científica, dichas teorías fueron desarrolladas por la psicología, la psiquiatría y la sexología, pero también existe un uso cotidiano no científico de la idea de impulso sexual:

Quando una persona dice que está “caliente”, (...) expresa un estado de deseo o excitación mayor que el habitual. Estos enunciados son usados como justificaciones para actividades sexuales futuras o explicaciones de actividades sexuales pasadas. (...) Los individuos están señalando sentir deseos que se les aparecen como proviniendo de su interior, de un estado sentido de necesidad (Laumann y Gagnon, 1995: 187).

Son explicaciones de los actores, que forman parte de sus guiones intrapsíquicos (lo que se dicen a sí mismos) e interpersonales (lo que dicen a otros), para dar cuenta de la actividad propia y de terceros. Si bien la relación entre teorías nativas y teorías científicas sobre sexualidad es compleja, las concepciones de estos adolescentes sobre masturbación parecen adaptar nociones psicológicas y sexológicas extendidas y popularizadas. Si “los científicos afirman que las personas tienen impulsos sexuales, esto influye en lo que la gente cree y en qué escenarios culturales sobre sexualidad son corrientes en una sociedad” (Laumann y Gagnon, 1995: 188), y lo mismo sucede cuando definen etapas en que masturbarse es natural y apropiado y otras en que debe abandonarse. Los actores retoman dichas ideas para racionalizar y justificar qué actividades sexuales realizan y cuáles no.

La única diferencia que señalan entre la masturbación en varones y en mujeres es que, frente a la mencionada “necesidad” sexual, ellas podrían optar por tener relaciones. Esta diferencia supone la expectativa de que el varón habitualmente propone y siempre está dispuesto a tener relaciones sexuales, mientras que la mujer es quien decide aceptar o no. Una vez más, se piensa a la masturbación como una suerte de válvula de la tensión sexual, a la que las mujeres no necesitan recurrir porque pueden tener relaciones si lo desean, operando la concepción opositiva y jerarquizada entre prácticas sexuales que subestima el autoerotismo.

### *Necesidades y silencios de mujeres*

Las adolescentes dan tres explicaciones de por qué las mujeres no se masturban o si lo hacen no lo dicen. La primera es que no necesitan masturbarse porque su excitación es menos intensa y frecuente que la de los varones. La excitación masculina sería una “necesidad” física a la que ellos deben responder de algún modo y la masturbación es una opción cuando no tienen relaciones. Las mujeres no se masturbarían porque su excitación no actúa como una “necesidad” que exige una respuesta, sino que, según su experiencia, pueden sobreponerse fácilmente a ella sin recurrir a esta práctica. Su posición se acerca a una explicación científica frecuente de “la ausencia general de masturbación entre mujeres, contrastada con los varones, (...) [que] asume que el impulso sexual es en sí mismo biológicamente más débil entre ellas” (Gagnon y Simon, 2005: 42). Al concebir la masturbación como una válvula para aliviar la tensión causada por la excitación, estas mujeres remiten a una noción de impulso sexual similar a la de los varones. Sin embargo, aunque comparten dicho trasfondo, su explicación de que las mujeres no se masturban porque no lo necesitan, pues su excitación es menos intensa y frecuente, va en sentido contrario a la opinión masculina de que la motivación para masturbarse es una “necesidad” que actúa por igual en varones y mujeres.

Una segunda explicación de por qué las mujeres no se masturban es que no lo necesitan porque pueden tener relaciones sexuales si lo desean. Esto también refuerza la idea de que la masturbación es una alternativa casi exclusivamente para varones, bajo el argumento de que “para la chica es mucho más fácil *estar* [tener relaciones sexuales] con alguien: a los varones no les importa si sos linda, si sos fea, si sos gorda, si sos flaca. Para los varones es más complicado”, dice Jimena. Su testimonio refleja la expectativa de una disponibilidad sexual masculina que implica poca selectividad en cuanto a sus parejas. Para las mujeres sólo se trataría de aceptar o no las propuestas. Esta explicación de las entrevistadas de que las mujeres no se masturban porque pueden tener relaciones coincide con la opinión de los varones de que la mujer siempre puede optar por las relaciones sexuales y, tácitamente, retoma el razonamiento que las opone y jerarquiza frente al autoerotismo.

La tercera explicación de las adolescentes no aborda por qué las mujeres no se masturbarían, sino que da cuenta de por qué si lo hacen no lo dicen: la falta de aceptación, los prejuicios y el pudor que rodean a la masturbación femenina, en la sociedad en general y entre las mujeres en particular, presionan para no hablar de ello:

Yo creo que todavía hay un prejuicio. Yo todavía lo tengo. Trato de no tenerlo, pero es como que da pudor. (...) Porque todos los varones se masturban, pero, sin embargo, el tema en la mujer como que es mucho más raro en esta sociedad, menos aceptado.  
(Anita, mujer, 17 años).

Como en el ocultamiento femenino sobre mirar pornografía, para algunas no es que la mujer no se masturbe sino que no lo dice: “En los hombres es más común la masturbación, en las mujeres no es tan visto porque no se dice, no porque no se hace, porque tienen la misma necesidad que los hombres”, según Ony. Ante la misma “necesidad” sexual, explican las diferencias por la percepción y organización social de la masturbación: los silencios, charlas y valoraciones según sean varones o mujeres. En esta línea, “las diferentes expresiones sobre la masturbación entre varones y mujeres jóvenes son más una función de las redes de habla que existen entre varones que de diferentes

estados de los impulsos” (Laumann y Gagnon, 1995: 202). Los diálogos al respecto entre varones, habituales hasta los 15 años,

servirían para regularizar, ordenar y motivar la masturbación a través de discusiones y comparaciones, mientras que entre las mujeres la experiencia de la masturbación aparece desconectada de cualquier otro comportamiento. La principal diferencia parece ser la ausencia de fuentes colectivas que ofrezcan un conjunto más amplio de significados sociales sobre esta práctica (Gagnon y Simon, 2005: 39).

El silencio alrededor de la masturbación femenina hace que se perciba como un tema “mucho más raro en esta sociedad”. Evitarían hablar de masturbarse “por miedo a lo que digan los demás”, pues sus amigas pueden considerar que no es “normal” que una mujer se masturbe, porque “en la mujer cuesta más creerlo y aceptarlo”, pero sus testimonios no avanzan sobre este punto. Conjeturo que “cuesta más aceptar” que una mujer se masturbe porque, al igual que mirar pornografía, es una práctica que se aparta de la expectativa hacia y entre las mujeres de que la actividad sexual debería ser un medio de comunicación de sentimientos, al estar orientada al propio placer y despojada de dimensiones afectivas. Una entrevistada ofrece otra explicación del silencio sobre masturbarse, con un argumento similar al de algunos varones: el temor a una reputación sexual negativa:

Informante: Es más fácil decir: “*Estuve con aquél, estuve con aquél*” [tuve relaciones sexuales] que, supongo yo, decir: “*Estuve con mi mano*” [me masturbé]. Creo que es degradante.

Entrevistadora: ¿Y eso por qué?

I: Lo veo como algo totalmente perdedor, fracasado.

(Jimena, mujer, 17 años).

Jimena asocia el masturbarse a una reputación de “perdedor” o “fracasado” sexual, pues quien lo hace sería porque no puede tener relaciones. Tanto “fracasado” como “boludo” y “pajero” (que usan los varones) refieren a quien se masturba como un “perdedor” por no contar con parejas. Esta asociación negativa influye en la decisión de contar si alguien (incluso uno mismo) se masturba, ya que puede ser leído como un signo de incompetencia sexual. Esto ayuda a entender por qué quien lo hace tendería a mantenerlo en secreto y, como reverso de esta lógica, hacer circular el rumor de que alguien es un “pajero” o decírselo frente a pares son modos de desacreditarlo.

## Reflexiones finales

El consumo de pornografía y la masturbación son parte del proceso de construcción social de la sexualidad de varones y mujeres adolescentes, atravesado por experiencias y expectativas de género desiguales.

Mientras que a las mujeres no les interesa la pornografía, la rechazan y la miran muy eventualmente, en los varones es más habitual, por curiosidad o diversión. Se da un contraste significativo entre el aprendizaje de la pornografía que declaran los varones (y ninguna mujer) y el “asco” que manifiestan algunas mujeres (y ningún varón). El modo en que el relato pornográfico presenta ciertos saberes y valores sexuales y de género ayuda a interpretar el contraste.

¿Qué aprenden de la pornografía los varones? Ven por primera vez a una mujer desnuda, conocen diferentes modos de penetración y posiciones para tener relaciones y aprenden del placer. Dichas cuestiones están ausentes en otras instancias de aprendizaje sexual, por lo que aprecian a la pornografía como fuente de conocimientos. De hecho, aquello que más les gusta de tener relaciones sexuales coincide con prácticas que conocieron en estas películas: recibir sexo oral y experimentar diversas posiciones en las relaciones. Aunque esta predilección no puede atribuirse exclusivamente a la pornografía, su influencia no es menor en la configuración de las preferencias y prácticas sexuales (Fuller, 2001: 98). Estos adolescentes también aprenden valores de género, pues la pornografía muestra determinadas actividades sexuales de formas que degradan y someten a las mujeres. Si bien la pornografía no inventa estos valores, los retoma de los escenarios culturales y los refuerza (Rubin, 1989: 173), incidiendo en la construcción de la sexualidad y socialización de género de los varones.

¿Qué rechazan de la pornografía las mujeres? El carácter excesivamente explícito de sus imágenes de ciertas actividades sexuales y que las presente despojadas de sentimientos y, particularmente, de amor. Esto sugiere que una

razón del rechazo femenino es que la pornografía entra en tensión con el modelo de amor romántico, del que estas adolescentes continúan imbuidas. La pornografía y el amor romántico son relatos que integran imágenes sexuales y valores de género que se contraponen en muchos aspectos. La pornografía ofrece una trama narrativa donde las formas de posesión sexual de las mujeres implican sumisión y cierta violencia, con una absoluta falta de compañerismo o afecto (Figari, 2007: 11). Por el contrario, el amor romántico destaca el afecto y la comunicación de la pareja, prevaleciendo el sentimiento amoroso por sobre la atracción sexual (Giddens, 1995: 46). En mi tesis analicé cómo ciertos valores del amor romántico eran transmitidos a estas adolescentes por adultos (por ejemplo, en el consejo de tener relaciones sexuales “por amor”), cuya influencia se refleja en que a todas lo que más les gusta de sus encuentros sexuales son prácticas y características afectivas de sus parejas. El relato pornográfico contradice y desafía los valores románticos aprendidos, al punto que puede considerarse una crítica radical al amor romántico (Kauffman en AAVV, 2005: 227). Con todo, las mujeres no pueden esperar demasiado de la pornografía comercial hegemónica: sus contenidos, pensados por y para varones, reproducen valores de género tradicionales mediante una imagen femenina de docilidad, subordinación y admiración de características masculinas estereotipadas como la fuerza y la agresividad (Posner en AAVV, 2005: 217). Con estos contenidos, la pornografía difícilmente genere otra reacción que el rechazo o desinterés de muchas mujeres.

En cuanto a la masturbación, estas mujeres y varones presentan argumentos esencialistas y otros referidos a la regulación social de dicha práctica. Los primeros aparecen en sus concepciones que remiten a impulsos sexuales. Los segundos subyacen a sus explicaciones de los cambios en las charlas masculinas sobre masturbarse y de las diferencias entre mujeres y varones en hablar o no del tema, que dan cuenta de las desiguales legitimaciones que brindan las redes de pares para una misma actividad sexual según la edad y el género de sus miembros. Si en un principio los diálogos entre varones motivan y aprueban la masturbación mediante comparaciones y consejos, los mismos



pares condicionan dicha práctica a partir de la edad esperada para que un varón tenga su primera relación sexual. Entre las mujeres, en cambio, predomina un silencio continuo sobre la masturbación, pues no hay siquiera una etapa en su adolescencia en la que hablen del tema con amigas (ni con otros interlocutores). Esto implica que una chica difícilmente sea motivada a masturbarse y, si lo hace, probablemente no pueda contar su vivencia. La experiencia de masturbación de una adolescente está desconectada de otros comportamientos y no goza de la legitimidad que brindan los pares a ciertas prácticas sexuales.

Mirar pornografía y masturbarse son actividades autoeróticas subestimadas por estas mujeres y varones en comparación con las relaciones coitales. Como el autoerotismo es desvalorizado, tienden a circunscribir a determinadas etapas de su vida, minimizar u ocultar estas prácticas, como indican sus relatos, con un estilo muchas veces elíptico y atribuyendo opiniones y experiencias a terceros.

### **Referencias bibliográficas**

- AAVV. 2005. "La pornografía: un debate incómodo". *Sociedad*. Invierno de 2005. Nº 24, p. 205-246. ISSN 0327-7712.
- ARCAN, Bernard. 1993. *El jaguar y el oso hormiguero: antropología de la pornografía*. 1ª ed. Buenos Aires: Nueva Visión. 267 p. ISBN 950-602-273-3.
- CÁCERES, Carlos. 2000. *La (Re)configuración del universo sexual: cultura(s) sexual(es) y salud sexual entre los jóvenes de Lima a vuelta del milenio*. 1ª ed. Lima: UPCH y REDESS Jóvenes. 147 p.
- CHIRINOS, Jesús, SALAZAR, Víctor, BARDALES, Olga y BRINDIS, Claire. (s.f.). *Información en sexualidad en los/las escolares adolescentes de cuatro colegios de Lima Norte, Perú* [on line]. CEMERA, Universidad de Chile. Available at: <http://www.cemera.uchile.cl/sogia/docs/2001/VIII1informacion.doc>. [Accessed on 12.04.2006].
- FIGARI, Carlos. 2007. "Pornografía". In: *Educación sexual*. 1ª ed. Buenos Aires: La Página. 16 p. ISBN 987-503-430-4.

FULLER, Norma 2001. *Masculinidades, cambios y permanencias: varones de Cuzco, Iquitos y Lima*. 1ª ed. Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica. 509 p. ISBN 997-724-243-32.

GAGNON, John y SIMON, William. 2005. *Sexual Conduct: the Social Sources of Human Sexuality*. 2ª ed. New Brunswick: Aldine Transaction. 348 p. ISBN 0-202-30663-1.

GIDDENS, Anthony. 1995. *La transformación de la intimidad: sexualidad, amor y erotismo en las sociedades modernas*. 1ª ed. Madrid: Cátedra. 183 p. ISBN 84-376-1324-9.

HEILBORN, Maria Luiza, CABRAL, Cristiane y BOZON, Michel. 2006. "Valores sobre sexualidade e elenco de práticas: tensões entre modernização diferencial e lógicas tradicionais". In: HEILBORN, M. L. et al. (orgs.). *O aprendizado da sexualidade: reprodução e trajetórias sociais de jovens brasileiros*. 1ª ed. Río de Janeiro: Garamond. 536 p. ISBN 85-7617-098-1.

JONES, Daniel. 2008. *Sexualidad y Adolescentes: prácticas y significados relativos a la sexualidad de adolescentes residentes en Trelew (Chubut)*. Ph. D. Dissertation, Universidad de Buenos Aires.

LAQUEUR, Thomas. 2004. *Solitary Sex: A Cultural History of Masturbation*. 1ª ed. Nueva York: Zone Books. 501 p. ISBN 1-890951-32-3.

LAUMANN, Edward, GAGNON, John, MICHAEL, Robert y MICHAELS, Stuart. 1994. *The social organization of sexuality: sexual practices in the United States*. 1ª ed. Chicago: The University of Chicago Press. 710 p. ISBN 0-226-46957-3.

LAUMANN, E. y GAGNON, J. 1995. "A Sociological Perspective on Sexual Action". In: PARKER, R. y GAGNON, J. (eds.). *Conceiving Sexuality: Approaches to Sex Research in a Postmodern World*. 1ª ed. Nueva York: Routledge. 307 p. ISBN 0-415909-2-79.

OSBORNE, Raquel. 1993. *La construcción sexual de la realidad: un debate en la sociología contemporánea de la mujer*. 1ª ed. Madrid: Cátedra. 324 p. ISBN 84-376-1213-6.

RUBIN, Gayle. 1989. "Reflexionando sobre el sexo: notas para una teoría radical de la sexualidad". In: VANCE, C. (comp.). *Placer y peligro: explorando la*

*sexualidad femenina*. 2<sup>o</sup> ed. Madrid: Hablan las mujeres. 228 p. ISBN 84-85781-78-3.

SEIDMAN, Steven. 2003. *The Social Construction of Sexuality*. 1<sup>a</sup> ed. Nueva York: Norton. 156 p. ISBN 0-393975-10-X.

SONTAG, Susan. 2005. "La imaginación pornográfica". In: SONTAG, S. *Estilos radicales*. 1<sup>a</sup> ed. Buenos Aires: Suma de Letras. 424 p. ISBN 987-578-014-6.

STENGERS, Jean y VAN NECK, Anne. 2001. *Masturbation: The History of a Great Terror*. 1<sup>a</sup> ed. Nueva York: Palgrave. 239 p. ISBN 0-312224-43-5.

VALDES, Teresa. 2005. "Socialização em sexualidade no Chile: Adolescentes de camadas populares urbanas". In: HEILBORN, M. L. *et al.* (orgs.). *Sexualidade, família e ethos religioso*. 1<sup>a</sup> ed. Río de Janeiro: Garamond. 344 p. ISBN 85-7617-068-X.